

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cabas (antigua local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONOMICOS

MURCIA 27 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

Nº 786

D. Gabriel Baleriola

Victima de la cruel dolencia que venia minando su existencia desde hace algún tiempo, dejó de existir en la noche del sábado, el notable y popular periodista murciano, D. Gabriel Baleriola.

Pérdida sensible para Murcia y vano difícil de llenar para el periodismo local, constituye la prematura muerte de este luchador infatigable, de este gran obrero intelectual, que tan inolvidables campañas realizó en beneficio de los intereses morales y materiales de la región murciana.

En las colecciones de «El Demócrata», de «El Profeta», de «Las Provincias de Levante», periódicos todos por él dirigidos, quedan huellas perdurables de su ingenio por todos celebrado, de sus talentos por todos reconocidos, de las gallardías y audacias de su bien cortada pluma.

Especialmente en este último periódico, en «Las Provincias», vida de su vida y sangre de su sangre, «hijo intelectual predilecto», acometió empresas que no deben olvidar los hijos de esta región, que no olvidarán seguramente sin incurrir en ingratitud notoria.

En la realización de las obras de defensa contra las inundaciones, tuvo tanta parte como el que más, siquiera al modesto periodista, que con tantos entusiasmos, tantos bríos y tanta perseverancia vino un día y otro abogando por la realización de aquellas, no le valieran luego los homenajes y distinciones que a los altos personajes que contribuyeron a llevarlas a cabo.

Triste destino el del periodista! Impulsa con su pluma, con sus energías, con su alma toda, las empresas más difíciles y beneficiosas al interés general, sin que en la hora de los honores y de las recompensas, toque participación alguna al que tanta tuvo en la hora de la lucha y de los sacrificios.

En pró de la rebaja de las tarifas de ferrocarriles para el transporte de nuestras frutas y hortalizas, de los intereses de las industrias vinícola y sericícola y de otras aspiraciones en extremo útiles para el progreso y bienestar de esta región, combatió también con incansables bríos en el periódico y en el libro, ofreciendo relevantes testimonios del profundo estudio que había hecho de dichas cuestiones y de la gran competencia que había conseguido en las mismas.

Ultimamente, él inició y sostuvo con energías indomables, la campaña en favor de la pureza del pimiento y en contra de todas las mezclas y sofisticaciones, que perjudican y desacreditan esta gran riqueza de nuestra espléndida y feracísima vega.

Las vehemencias de su estilo periodístico, le acarrearón más de una vez adversarios: pero sin que estos, ni en medio del fragor de la contienda, dejaran de reconocer y admirar sus aptitudes excepcionales de gran periodista, á que todos rindieron tributo, y que todos recuerdan hoy ante el cadáver del infortunado escritor.

En sus novelas «Humildad» y «Fortaleza», de tan sanas enseñanzas, deja impreso el sello de su espíritu cristiano, espíritu que ha hecho de la suya una muerte edificante, esperada y afrontada con ejemplar resignación, puesto en Dios y en la Virgen Santísima el pensamiento y el corazón en los

seres queridos, á los que deja en harto dolorosa y triste orfandad.

Ha muerto bien joven aún, á los cuarenta y tres años, cuando tanto podía aun esperarse de su inteligencia preclara y de sus arrojados varoniles.

En el hogar fué un esposo amantísimo y un padre ejemplar, modelo de virtudes privadas, que había hecho de su familia y su periódico, los dos grandes cultos de su vida laboriosa y humilde.

En sus disposiciones de última hora, ha pedido que se le enterrara con cristiana humildad, envolviéndolo en un sudario su cuerpo, y rechazando toda clase de pompas mandadas y de exhibiciones de una vanidad póstuma, mal ayenida con la lúgubre solemnidad de la muerte.

Antes de morir, ante el sacerdote cristiano, en la presencia de Dios, perdonó con el alma á sus censurados y pidió de corazón á Dios perdón para sus culpas: y ha bajado al sepulcro, entre el respeto y las simpatías de todos, purificado su espíritu con el largo sufrimiento de su enfermedad y la cristiana ejemplaridad de su tránsito.

Murcia ha perdido con él un hijo distinguido y la prensa local y aun la española un periodista ilustre: pudo brillar en el periodismo madrileño, donde ya ocupó puesto preferente como redactor de «El Imparcial» y renunció á vitas seguras y fama indudable, prefiriendo trabajar y crearse una familia, vivir, amar y morir, á la sombra de nuestra torre y al arrullo de las auras de nuestra vega.

Nos asociamos al dolor de su afligida familia y pedimos á Dios el descanso imperecedero en la vida inmortal, del que tanto luchó en esta vida perecedera y deleznable.

F. Bautista Monserrat

El entierro

El entierro del malogrado periodista D. Gabriel Baleriola, se verificó ayer tarde á las cuatro desde la iglesia parroquial de San Nicolás, y constituyó por el gran acompañamiento de todas las clases sociales, una solemne manifestación de duelo.

En la presidencia iban los canónigos D. Félix Sánchez, D. Ildefonso Montanos y D. Pedro Martínez Garra, el párroco de San Nicolás D. José Tomás Pérez, el Sr. Conde del Valle de San Juan, D. Mariano Palares, D. Vicente Pérez Callejas, D. José Servet Magenis, D. Miguel Giménez Baeza, D. Diego Hernández Illán, D. Claudio Hernández Ros, D. Francisco Narbona, D. Gonzalo García Muñoz, don Celestino Unánua, D. José Santiago Orts, D. Abelardo Valero, D. Joaquín Mora, D. Gerónimo Ruiz, D. Emilio López Palacios, D. José María Castillo, D. Francisco Medina, D. Juan Aguilar, D. Eduardo Pardo Moreno, D. Manuel Martínez Espinosa, don Roque Novella, D. Maximino Ruiz, don Antonio Escartin, D. Emilio Sánchez García, D. Narciso Clemenca Vergara, D. José Más de Béjar, D. Ricardo Codorniu y D. Alberto Medina.

Las cintas del féretro fueron llevadas por D. Isidoro de la Cierva, don José Servet Brugarolas, D. Lanreano Albaladejo, D. Narciso Clemenca Chapuli, D. Mateo Seiquer Almela, D. Mateo Seiquer Pérez, el director de «El Liberal» D. Enrique Rivas y el de «El Correo de Levante» D. Francisco Bautista Monserrat.

Del numerosísimo acompañamiento formaban parte distinguidas personalidades de la política, entre ellas el senador D. Diego González-Conde y el diputado á Cortes D. Juan de la Cierva Peñafiel, llegado ayer mañana de Madrid; escritores, artistas, el personal de redacción é imprenta de los periódicos locales, numerosa representación de las sociedades de la huerta y gran número de amigos partiales del finado.

El féretro fué conducido en hombros, desde la casa mortuoria á la iglesia por cajistas de «Las Provincias de Levante», desde la iglesia á las Agustinas por cajistas é individuos de las sociedades de la huerta y desde la puerta del ce-

menterio hasta la fosa por los hermanos del Sr. Baleriola, D. Mariano, don Gaspar D. Antonio y D. Manuel, que quisieron rendir este piadoso tributo á los restos de su pobre hermano.

El cadáver del popular y batallador periodista se hundió en la fosa, al mismo tiempo que el sol, en la hora melancólica del crepúsculo, se hundía en el ocaso.

La escena impresionó hondamente á cuantos la presenciaron.

¡Descansen en paz!

La cuestión del pimiento en el Congreso

RECTIFICACION DEL SR. LACIERVA

Suponia el Sr. Pulido que yo, al tratar estas cuestiones y al inclinarme respetuosamente del lado de los cultivadores del pimiento, lo hacía por compromisos especiales. ¿Cabe tener algún compromiso que no sea el de defender lo que es justo y legítimo, el de estar al lado de una gran masa que, no por ser pobre y desvalida merece menos, sino que merece más, precisamente por eso, el apoyo de todas las clases directoras? ¿Cabe algún otro compromiso que ese, cuando lo que nosotros defendemos, los beneficios que para aquella pedimos y los remedios que reo amamos, han de recaer en una gran masa, que es anónima, por tanto? ¿Qué clase de gratitud podemos nosotros buscar, si no es la de que se reconozca allá en los hogares que se ven gravemente amenazados por la miseria, que nosotros no nos hemos inclinado del lado de los que tienen muchos amigos, que tienen mucha riqueza, que tienen grandes medios de qué disponer, que inspiran periódicos, que tienen elementos para mantener aquí en Madrid Comisiones permanentes, que no cesan de visitar á los hombres públicos, que regalan copias de pliegos, que dan aceite para que se pueda ver que es un producto que, no solamente no perjudica á la salud, sino que es agradable, oloroso, encantador, como S. S. decía en el día de ayer? ¿Cabe otra cosa?

Yo deseo que el Sr. Pulido nos haga justicia; yo deseo que comprenda que es mucho más fácil vencerse á los requerimientos de amigos antiguos y cariñosos, y yo los tengo, como los tienen mis compañeros de Diputación, entre los que se dedican á la exportación de ese producto, que inclinarse espontáneamente, como nosotros lo hemos hecho, sin otro estímulo, repito que el de apoyar lo que consideramos justo del lado de una gran masa de trabajadores, que solo han podido unir sus gritos cuando el mal ha llegado á tal extremo que les agobia y les mata.

Y no por eso haya de ver el Sr. Pulido en mis palabras censura de ninguna clase, porque él, creyendo que está en lo cierto y en posesión de la verdad, apoye aquello que favorece al menor número y á esos que, como antes explicaba, están en otras condiciones sociales que aquellos pobres é infelices trabajadores que nosotros defendemos.

El Sr. Pulido dice en su Memoria que llegó una tarde al pueblo de Espinardo, al que llama la Mea de la industria pimentonera, una pedanía de la ciudad de Murcia, en donde, en efecto, residen la mayor parte, los más ricos, los que más especulan con este comercio; dice que llegó de improviso al pueblo de Espinardo, y que recogió allí en los almace- nos, en los escritorios, donde se encontraban revueltas las cartas, sin contar muchas de ellas, porque esa industria perecía; que recogió las cartas suplicando á los comerciantes que le hicieran la merced y la confianza de entregárselas, y que estas cartas le han servido luego, para la información.

Afirma el Sr. Pulido en esa Memoria que sorprendió á los exportadores, haciendo, de pronto, la visita á sus almacenes y escritorios, y en una de las páginas más poéticas de la Memoria, la que dedica á describir cómo aquella industria apareció muerta, cómo los envases estaban vacíos y abandonados, y hasta según su expresión, llenos de telarañas, afirma que todo esto lo sorprendió describiendo cómo asomaban las cabezas por las ventanas todos los obreros de esa industria arruinada, *rugiendo tímidamente*, dice el Sr. Pulido. Pues así, sorprendiendo de pronto todo eso, dice que recogió la correspondencia, pero se olvida S. S. de que en el preámbulo de su libro, cuando todavía no sabía si había de aconsejar al Ministro que autorizase la mezcla del pimiento con el aceite, dice que unas cuantas horas antes había avisado á los de Espinardo que por la tarde había de visitarlos.

Esto, Sres. Diputados, sirve ya para que yo diga que el Sr. Pulido, en mi

sentir, es un perfecto caballero, un buen funcionario, un hombre eminente, un hombre de ciencia distinguido; pero que ha dado demasiada confianza, que ha concedido demasiada buena fé á los que seguramente no la tenían, y S. S. yendo á Murcia con el mejor propósito de traer los datos de la verdad, no ha traído más que los ecos de una comedia ridícula que se ha ensayado allí con risa y bafa de todas las personas sensatas; porque resulta que S. S. les dijo á unos amigos exportadores de pimentón que por la tarde iba á Espinardo y no sería muy difícil disponer aquella comedia y tener allí unos cuantos individuos preparados que asomaran la cabeza por las ventanas, y que rugieran tímida ó no tímidamente, y unos cuantos papeles revueltos, cuando se sabía que el director general de Sanidad estaba haciendo esa información. No era, pues difícil, tener esos papeles que S. S. ha hecho publicar en su Memoria.

Pues eso es un acto de la comedia, de la misma suerte que lo es la presentación de aquellos que se decían huertanos y que pedían la mezcla del pimentón con aceite, cuando no hay nadie en la huerta que se dedique al cultivo del pimiento, que pida tal cosa. Su señoría tomó por huertanos á los que no eran más que criados ó jornaleros de los que las mandaba, y que por unas cuantas pesetas se habían prestado á ser compañeros de la comedia.

De la misma suerte, S. S., dejándose llevar de aquel prejuicio que se transparenta en su libro, cuando habla de las reuniones del teatro ciego de Murcia, dice: «El venerable anciano D. Fulano de Tal se levantó á hablar en favor de la mezcla», y resulta que cuando alguno le hacía observaciones, ese venerable anciano, según los periódicos que publicaron la reseña, les decía: «quien quiera decirme á mí algo, que salga á la calle». Ese es un venerable y pacífico anciano, como veis, que aportaba allí su testimonio con entera imparcialidad.

De esa misma suerte S. S. cayó en el lazo que se le tendía y tomó todas aquellas cartas y con ellas vino á Madrid. ¿Y qué es lo que hizo el Sr. Pulido? Acordó dirigirse al comercio extranjero y nacional; pidió la relación de las casas comerciales dedicadas á la venta del pimiento molido en España y en el extranjero, y se dirigió á ellas mediante una carta, de la que ayer nos habló, pidiendo informes sobre la venta, sobre si era conveniente la mezcla del aceite y sobre las consecuencias de la supresión, etc., etc. Esto parecía natural que el Sr. Pulido le hubiera hecho por medio de los cónsules, pidiendo á los cónsules una nota de las casas que se dedicaban á ese comercio; pero el Sr. Pulido prefirió la lista que le entregaron los exportadores de Espinardo. También parecía natural que el Sr. Pulido se dirigiera á los gobernadores de las provincias y les pidiera una relación de las casas que en España se dedicaban á ese comercio; pero tampoco lo hizo, sino que aceptó como buenas las cartas y la lista que le facilitaron los exportadores, únicas personas á quienes se dirigió.

Sobre la importancia que el Sr. Pulido dió al resultado de esa información, tengo que decir algo.

Yo siento que en alguna de mis palabras el Sr. Pulido ven siquiera asomos de intención de molestarle; pero, en fin, llegamos ya á un punto en que yo me propongo decir todo cuanto sea necesario, menos lo que á S. S. ofenda ó moleste, que yo también de antemano digo á S. S. que lo tenga por no dicho, si por acaso, contra todo mi deseo é intención, algo pudiera ser molesto para S. S.

Pero, cómo no ha de llamar la atención que el señor director de Sanidad publique todas esas cartas que recogió de los exportadores y las ponga luego observaciones ó notas tan sugestivas como las que voy á tener el honor de leer?

Uno de Palencia escribe á un exportador de Espinardo diciendo: «No me mande usted pimentón sin aceite, porque no lo quiero». Y dice el director de Sanidad: «Observación». Adviértase la energía del estilo. Lo quiero que tenga bastante color, y que esté elaborado con aceite, porque de no ser así no lo quiero de

ninguna manera, pues mis clientes no lo quieren comprar». Esta es la energía del estilo. Otro se dirige desde Villalón á un exportador de Murcia y le dice: «No me mande más de lo mismo, y el señor Pulido pone á continuación lo siguiente: «Esta carta es de un facinoroso y exportador espartano: «Lo que me mandó usted sin aceite no lo puedo vender. ¿Qué hago con ello?» Señores Diputados, un espartano pidiendo pimentón con aceite me parece algo impropio (Risas).

Ya se ve en esto como el espíritu del Sr. Pulido, que se creía en posesión de la verdad, y que se inspiraba en un criterio contrario al que nosotros venimos sosteniendo; procuraba ir presentando todos estos elementos en forma adecuada para justificar luego las conclusiones que de todo esto deducía.

No sigo leyendo para no molestar á los Sres. Diputados; pero esto que hace el Sr. Pulido con las cartas que le facilitaron los exportadores, lo hace en sentido inverso, cuando se trata de testimonios y datos favorables á lo que nosotros deseamos. Cuando se refiere á los partidarios de la pureza del pimiento, ya no hay nadie venerable, y cuida de recoger las imprecaciones mortificantes que contra ellos lanzan los exportadores, pudiendo servir de ejemplo lo que escribe sobre Ricardo Barba, con referencia á alguna casa exportadora, en su visita á Espinardo. Otra observación curiosa: el Sr. Pulido supone que todos los molineros son partidarios de la mezcla (lo cual no es exacto, porque tengo aquí cartas de 39 contrarios á ella) y presenta, cuando habla de los molineros, como uno de los principales, á Antonio Clemenca.

Pues este Antonio Clemenca, molinero, es un abogado distinguido de Murcia, un hombre político, que representa al grupo tutuista en Murcia, y como abogado redactor escritos y defensor de los exportadores, circunstancias que no puede ignorar el Sr. Pulido, y al llamar así, Antonio Clemenca, molinero, presentándole como un verdadero industrial, quiere darle un carácter que realmente no tiene, y aportar un testimonio más en favor de la mezcla, ocultando la verdadera significación de ese testimonio; resultando esto un artificio más, como resultaría si yo hablara en nombre de los molineros sólo porque soy copropietario de una fábrica que muele.

Esto sirve, Sres. Diputados, para que comprendáis, como antes indicaba, que el Sr. Pulido, con toda buena fé, con los datos que recogió y que le han servido para formar el juicio que tan elocuentemente y brillantemente expuso en las dos tardes anteriores, incurriera en el defecto, y perdóneme S. S., de tomar por oro de ley lo que era falso, de considerar como legítimo un duro sevillano.

Ya dije antes, Sres. Diputados, que en este punto importantísimo de la producción del fruto en la unidad de medida del país el Sr. Pulido sólo recogió los datos que exportadores, especuladores y productores le dieron. Pues se ha publicado por persona que tiene una inmensa autoridad en este asunto, por don Antonio Pescetto, presidente de la Junta de haciendas de Orihuela, propietario de grandes extensiones de tierras de regadío en el valle del Segura, administrador de importantes casas, sumando entre todas varias miles de tahullas dedicadas en su mayor parte al cultivo del pimiento; se ha publicado, digo, una hoja en la cual se dan datos que yo estimo que son en absoluto completamente irrefutables; y de esos datos oigan los Sres. Diputados lo que resulte.

Se producen como maximum 25 arrobas de pimiento por tahulla, y aunque su precio sea de 9,50 pesetas (cuidado señores, que en 1901 se vendía de 4 á 6 pesetas la arroba de cáscara de pimiento), aunque sea el precio de 9,50 pesetas que es al que se vendió por los exportadores en estos dos últimos quinquenios, llevando ya en sí su ganancia, resulta por tahulla un producto de 237,50 pesetas; que deducidos de ésta los gastos del cultivo de una tahulla, que importan 281 pesetas, según cuenta que á

